

tamente pueden traspasarlos, debe guardárseles alguna consideración, pues esta misma repugnancia es una especie de enfermedad.

P. — Cuando he concluido de comer ántes que los demás hermanos, ¿ debo retirarme á esperar á que todos se levanten, ó será mejor ir calculando que la cantidad de pan que se me dé vaya durando todo el tiempo de la comida ?

R. — Conveniente es en este caso permanecer en la mesa, hasta que todos los hermanos se levanten : pero mejor aun es comer con alguna pausa para concluir al mismo tiempo que los demás.

P. — Cuando estoy en compañía de otros temo tanto que me desprecien, que hasta me olvido de mí mismo ; sin embargo, tengo pena de dejarlos, ¿ Qué debo hacer ?

R. — Sí no tienes ninguna ocupación más perentoria, y tu presencia les sirve de edificación, permanece con ellos todo el tiempo que dure la conversación. Pero si se habla de cosas inútiles, no temas decir que te hallas delicado, y tienes que retirarte, y disipa este temor recordando la confusión eterna que sufrirán los pecadores en el día del juicio.

SAN DOROTEO

Cuando no tuviésemos otro testimonio en favor de san Doroteo que el de san Teodoro Estudita, seria muy suficiente para considerarlo como uno de los más distinguidos personajes que el estado monástico ha dado á la Iglesia para edificar á los fieles con sus virtudes y su doctrina.

Pues queriendo san Teodoro dejar á la posteridad una protestación pública de la pureza de su fé y de su adhesión á la doctrina de los antiguos Padres, puso entre aquellos, cuya fé y sentimientos seguia, á san Barsanuvo y á san Doroteo. Este testimonio debe ser de tanto más peso, cuanto que este ilustre abad, según Baronio, era entónces el oráculo de Oriente, y él protector de la verdad y de la gloria de la Iglesia.

No se sabe cual era su patria, ni cuando nació : parece, sin embargo, haber sido natural de una de las aldeas de las cercanías de Ascalón, y ciertamente vivió bajo los emperadores Anastasio, Justino y Justiniano, puesto que habla de san Bersanuvo y de otros muchos que florecieron en este tiempo.

Como su vida no se halla entre la de los Padres del desierto, ya sea porque no fuese escrita, ó ya porque se haya perdido, hemos extraido de sus propias obras la que vamos á exponer. Aplicóse con grande ardor en su juventud al estudio de las letras humanas, despues de haber vencido la inmensa repugnancia que á esta ocupación tenia. « Cuando comencé, dice, á estudiar las ciencias humanas, « tenia tanta dificultad, que cuando tomaba un libro, me « parecia tocar una serpiente ; pero perseverando en combatir esta repugnancia, Dios vino en mi auxilio, y cobré « tal afición al estudio, que me olvidaba de beber, de comer « y hasta de dormir. Desde entónces ninguno de mis compañeros pudo retirarme de esta ocupación para que comiese con él, ni permitia que ninguno viniese á visitarme, quitándome el tiempo precioso que consagraba á este ejercicio, por más que gustase un rato de conversacion y de íntima amistad. »

« Iba á bañarme desde que me dejó mi maestro : pues « tenia necesidad de hacerlo todos los dias á causa de la « extrema sequedad que me habian producido la asiduidad

« y el exceso de mis lecturas. Pero en seguida volvía á casa, « sin acordarme siquiera de que tenia que comer, pues « ni aún me lo recordaba el criado que tenia, y que no « queria privarme de mis aficiones. Cuando me instaba la « necesidad de comer, continuaba leyendo al mismo tiempo, « y cuando me rendia el sueño, ponía el libro á mi lado, y « despues de brevísimo descanso volvía á mi lectura ; pues « no encontraba placer ni satisfacción más que en mi estudio. »

Hizo, pues, por este medio grandes progresos en las ciencias, y sabemos por una carta ¹ que se halla en la biblioteca de los Padres, que fué muy versado en los antiguos filósofos. Pero aumentáronse extraordinariamente sus conocimientos, cuando, habiendo entrado en la religión, cambió el objeto de sus estudios. Se consagró enteramente á la lectura de los santos Padres que le habian precedido, y si, como hace notar el autor de la carta á que acabamos de aludir, recogió de los libros de los filósofos todo lo que encontraba útil para la edificación de sus hermanos, lo hizo con preferencia de los de san Clemente de Alejandría, san Juan Crisóstomo, san Basilio, san Gregorio Nacianceno y otros Padres del desierto que vivieron ántes que él, cuyos testimonios cita en sus instrucciones, y de los cuales, para usar de la comparación del mismo autor, formaba su miel espiritual para consuelo de sus hermanos, como una abeja forma el suyo del jugo de las diferentes flores que encuentra.

Ignoramos la edad en que abandonó el mundo y los motivos que á ello le impulsaron. Pero si se tienen en cuenta los progresos que hizo en la religión, no puede du-

¹ Creese que esta carta fué escrita por uno de sus discípulos que la dirigió á uno de sus religiosos de otro monasterio que le habia pedido la colección de las instrucciones de este Santo. La exponemos extensamente al fin de su vida. — Véanse los Bolandistas, 23 de febrero.

darse que su vocación fué efecto de la divina gracia, y que sólomente á ella consultó para retirarse á la soledad. Escogió para lugar de su recogimiento el monasterio de san Sérido, en que se hallaban hombres de consumada virtud. Este santo abad le puso bajo la dirección de Juán el Profeta, que á su vez era discípulo de san Barsanuvo, pudiéndose juzgar por la santidad del maestro, de las instrucciones que recibiría. Se aprovechaba al mismo tiempo de las de san Barsanuvo. De esta manera concurieron á formar su espíritu tres de los más ilustres maestros.

El recuerdo de la grande aplicación con que se habia consagrado al estudio de las ciencias profanas, le servia de aguijón que le animaba á conseguir la de los Santos. « Cuando entró en el monasterio, me dije á mí mismo : si « tanta pasión y ardor se siente por las ciencias profanas y « extrañas, y si la aplicación que á ellas se consagra llega « á constituir un hábito, con mucha más razon se contrae- « rán hábitos santos, ejercitándose en la virtud y en la pie- « dad. Esta consideración me fortalecia en mi propósito de « consagrarme á ellas. »

Una de las prácticas que más eficazmente contribuyó á sus progresos en la virtud fué la de no tener ninguna cosa oculta á sus padres espirituales, y de guiarse por sus luces con una perfecta docilidad. Recibia sus consejos con humildad profunda y vivo reconocimiento. Ya hemos visto en el capítulo precedente, que, sirviendo á su maestro el bienaventurado Juán en su vejez, se creia recompensado de los buenos oficios que le prestaba, cuando, al retirarse por la tarde, recibia de él algunos consejos espirituales y su bendición. Una sola palabra de este santo anciano era para su corazón cual abundante rocío que penetra y fecunda una tierra bién preparada.

Él mismo refiere la grande exactitud con que daba cuenta á sus superiores de sus trabajos y de las interioridades de

su alma. Vamos á referir sus mismas palabras. « Durante « todo el tiempo que estuve en el monasterio exponia todos « mis pensamientos al abad Juan, porque nada podia ha- « cer sin su consejo, y algunas veces decia yo dentro de mí « mismo. Si mi superior no ha de decirme una cosa dis- « tinta de la que yo pienso, ¿ para que he de importu- « narle? Y me respondia á mí mismo: Es verdad; pero « si todo mi discurso, toda mi sabidúna, toda mi intelligen- « cia, y todo mi saber son malos, y no sé otra cosa que lo « que he aprendido del demonio. Me iba en seguida en « busca de mi abad, y de ordinario me aconsejaba lo mismo « que yo habia pensado. No dejaba mi razón de decirme : « si precisamente te ha de aconsejar lo mismo que has pen- « sado, ¿ para que molestas á este anciano? pero yo vol- « via á replicarme : mi pensamiento es bueno sólomente « porque procede del espíritu de Dios, pues todo lo que « procede de mí es malo, es un efecto de mis desarregla- « das pasiones. De esta manera y con estas reflexiones, « nunca me dejaba llevar de mi propia razón, sino des- « pues de haberme asesorado con el consejo de mi direc- « tor, gozando por este medio mi espíritu de una paz y de « una tranquilidad perfecta. »

Reconociendo san Sérido sus talentos, y siendo testigo, por otra parte, de su perfecta obediencia y de los progresos que habia hecho en las demás virtudes, quiso encomendarle algún cargo y hacerle útil á su comunidad. En su consecuencia lo destinó á servir á los enfermos, y á recibir á los huéspedes, confiándole además la delicada misión de oír á sus hermanos en sus trabajos interiores y en la declaración que le hiciesen de sus pensamientos. Doroteo aceptó muy gratamente el primer cargo, que tan perfectamente se acomodaba á las inclinaciones de su caridad, sobre todo para con su padre espiritual el bienaventurado Juán, cuya eminente virtud respetaba, y á quién profesaba tieruísimo

afecto ; pero esta felicidad fué objeto de envidia de parte de algunos religiosos, que con sus contradicciones le proporcionaron una nueva ocasión de enriquecer su corona y de ejercitar su paciencia.

El tenia dos títulos para ejercer este cargo : el de la obediencia, pues que lo habia elegido su superior, y el de bienhechor de la enfermería, que habia sido edificada por un hermano suyo. Hubiera, pues, podido hacer valer estos dos títulos para cerrar la boca á sus émulo ; pero no les opuso mas que un silencio humilde, y de esta manera encontró el medio de acrecentar el tesoro de merecimientos que le procuraba su caridad en el servicio de los enfermos. Llevó aun más léjos su paciencia, pues aun cuando se creia muy favorecido sirviendo á su padre espiritual en sus enfermedades, viendo que un hermano deseaba prestar este servicio, empeñó á san Sérido para que le contentase, y no habiéndolo conseguido, sufrió con resignación y sin proferir una queja el mal humor de su hermano, y cuando lo notó san Sérido y quiso imponer una penitencia al descontento, se arrojó á los pies del santo abad, é hizo todo lo que pudo para justificarle, echándose á sí mismo la culpa.

No se entregaba con ménos celo y caridad al servicio de los huéspedes ; pero este oficio le proporcionó nueva ocasión de ejercitar su paciencia, pues tenia que sufrir muchos trabajos. Pero lo que no puede ménos de admirarse en este religioso es que, por más que tuviese que acostarse de ordinario muy tarde, no dejaba de asistir á los maitines con los demás, aun cuando se hallaba enfermo. Dios quiso que diese esta prueba de su fervor con tanta sencillez como verdad, y que nos sirviese para condenar nuestra pereza, y para enseñarnos á vencerla, cuando nos impide cumplir nuestros deberes con exactitud.

« Nuestro abad, dice, me dió el cargo de recibir á los huéspedes. Yo acababa de salir de una enfermedad. Los

« huéspedes venian al monasterio, y tenia yo que asistirlos hasta muy tarde. Venian despues los camellos, y yo tenia que cuidarlos. Con mucha frecuencia ocurría, que acababa de acostarme, y tenia que levantarme en seguida ; de suerte que llegaba la hora del coro sin haber podido tomar un momento de descanso. Hallábame fatigado con tanto trabajo, y adquirí una grande debilidad, dejandome como reliquia una lenta calentura que hacía que casi pudiese sostenerme. Así es que, cuando me llamaban al oficio, respondia al religioso encargado de hacerlo : Que Dios tenga en memoria vuestra caridad, y os la recom- pense. Voy en seguida ».

« Apenas se habia retirado, me dejaba llevar del sueño, y mi corazón se apeuaba en extremo, considerando que mi pereza me impidiese asistir. Rogué, pues, á uno de los religiosos que no me dejase hasta que estuviese despierto, y á otro que no me permitiese dormir durante el oficio, á los cuales profesaba una veneración casi tan grande como si fuesen la causa de mi salud ».

Con una caridad y una paciencia no ménos maravillosa cumplió el tercer oficio que le habia encomendado san Sérido, á saber, el de escuchar á sus hermanos en sus dudas y trabajos interiores. Pero esta función, que tan útil era para los otros, era para él un motivo de profunda humillación, pues se consideraba inepto para ella, como desprovisto de talentos y luces suficientes. Así es que, cuanto más confianza le manifestaban los religiosos, ménos concebía él que pudiese merecerla. « Ignoro, decia, porque vienen á descubrirme sus pensamientos ; no sé si lo hacen por obediencia ó por voluntad. » Estaba, pues, tan léjos de abrigar sentimientos de ostentación, ó de creerse más ilustrado, que los demás, que nunca llegó á preferirse á nadie, sino ántes por el contrario, citaba su gloria en manifestar deferencia y sumisión á los demás.

Demostraba en esto una humildad tanto más admirable, cuanto que sus talentos le hacían sobresalir sobre todos los religiosos de su monasterio ; pues habiendo cultivado, como hemos dicho, las letras humanas con mucha asiduidad ántes de abrazar el estado monástico, había hecho tantos progresos en las ciencias, que le hubieran sido una tentación muy peligrosa, si no hubiese estado cimentada en la más profunda humildad. Pero lejos de prevalerse de sus talentos, no hizo uso de ellos, sino en cuanto podían ser útiles á sus hermanos, ocultando todo cuanto pudiese hinchar su amor propio, no haciendo alarde de su erudición y elocuencia, y cubriéndolas con el velo de la sencillez y de la modestia religiosa.

Como efecto de esta profunda humildad, ponía en práctica con el mayor respeto las órdenes de su abad y de su padre espiritual, y era tan ciega y absoluta su obediencia, que, después de recibir sus mandatos, no vacilaba ni oponía la menor reflexión ni resistencia. Hallábase tan desprendido de su propio juicio, que « si su razón sola le « hubiese dicho, son sus palabras, que el sol es sol y que las « tinieblas son tinieblas, no se hubiera fiado de ella, y le « hubiese costado trabajo el creerlo ». Así es que en una instrucción que hizo á sus religiosos para demostrarles que nadie debe fiarse de su propio juicio, insiste en la necesidad de guiarse por las luces de los superiores y ancianos. Generalmente en todas las exhortaciones que hacía á sus hermanos, les daba el mismo ejemplo, pues nunca exponía sus propias ideas, sino los consejos y autoridades de los antiguos, empleando ordinariamente estas palabras : *Dicen los antiguos, nos enseñan los antiguos*. Además de las sentencias de los Doctores de la Iglesia, cita también las de muchos Padres del desierto, como sus maestros en la ciencia de la salvación : pues deseaba que todos los considerasen y respetasen de la misma manera.

Como los más grandes Santos fueron siempre los que más pruebas experimentaron, no podía ser exceptuado san Doroteo de esta regla. Tuvo que sufrir contradicciones de parte de los hombres, y el demonio nunca le dejó tranquilo. Pero estas contradicciones, á la vez que depuraban su virtud, afirmándola y haciéndola crecer, fueron de una grande utilidad para los demás : puesto que la experiencia que en ellas adquirió, le puso en mejor situación para consolar y fortalecer á los que se hallaban sometidos á su dirección.

No hay congregación, por santa que sea, en la que no se encuentren algunos individuos que hagan sufrir á los demás. Dios lo permite así por un consejo de su infinita sabiduría, que debemos adorar y no escudriñar, y que contribuye á su gloria y á la santificación de las almas. El monasterio de san Sérido se hallaba formado de religiosos de eminente virtud ; pero si la mayoría de ellos eran ángeles por la santidad de su vida, no faltaban tampoco algunos que eran hombres por su fragilidad. Su estado, aunque muy santo, no los hacía perfectos sólomente con abrazarlo, sino que les daba medios en abundancia para serlo ; medios de que se aprovechaba la mayor parte, mientras que eran practicados por algunos con pecaminosa pereza que los retenía en sus defectos. La conducta de estos desgraciados no podía menos de ejercitar la paciencia de sus hermanos, probando y confirmando la verdad experimental, de que donde quiera que hay hombres aparece la debilidad humana.

De parte de algunos de estos religiosos imperfectos tuvo que sufrir san Doroteo no pocas amarguras, ya por las palabras injuriosas que la envidia ponía en su boca, ya por las acciones maliciosas con que le manifestaban su aversión. Su conducta en estas ocasiones consistía en sufrir en silencio, sin quejarse á nadie, sin replicar ni una sola palabra á los que le injuriaban. Nunca tuvo que acusarse de